

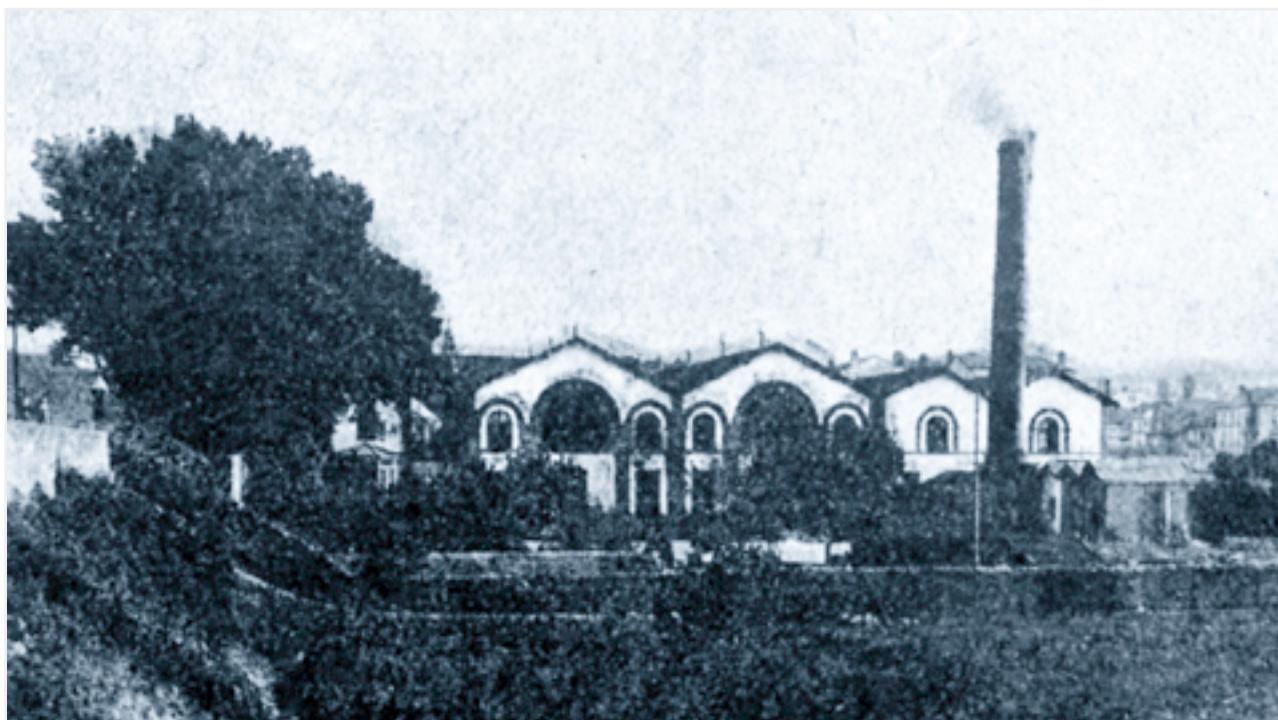
LOS "GALLETEROS" DEL "PEQUEÑO MANCHESTER"

Alberto Eceiza Michel

Días atrás di una vuelta por los polígonos industriales de "Masti-Loidi" y de "Txirrita-Maleo". Me gustaron las espaciosas calles, los perfectamente alineados pabellones, la sensación de haberse utilizado, de la mejor manera, el espacio disponible, todo muy en orden, lo cual me hizo recordar el caos industrial del Erretería de mi infancia, con talleres y manufacturas desparramadas por doquier en tal densidad, que se hizo acreedora del sobrenombre de "Pequeña Manchester".

multiplican por cinco aquella población no existía ni en proyecto, quizá sea interesante para los "herriko-emes" actuales, saber dónde estaban ubicadas.

Comenzando por el Norte, en la estación de la Renfe, siguiendo la dirección normal de la punta de imaginario reloj con su eje en la Herriko Enparantza, la primera gran industria con que topamos es la Fábrica de Galletas Olibet, posiblemente la mayor y mejor equipada de España, creadora de las "Galletas



Vista general de la Fábrica de Galletas "Olibet". (Libro "Lecturas" de Bonifacio Arrabal Álvarez. Año 1930).

Mirando hacia aquel entonces –años anteriores a 1936, si bien después de la guerra incivil es cuando aquí se llegó al pleno auge industrial– vemos que todas las empresas que dieron fuste a nuestro "txoko" ya existían, envolviéndolo como un cinturón o aflorando en pleno centro. Como entonces Erretería rondaba los ocho mil habitantes circunscritos a lo que hoy llamamos "casco viejo" y las barriadas que ahora la rodean y

María" y proveedora de la Casa Real. No era raro en los veranos, ver por estos andurriales a la reina María Cristina, con sus principescos nietos, adquiriendo galletas en la Casa Mendarte –representante local de la Olibet– como una ciudadana cualquiera, ya que ni se le notaban los guardaespaldas que la acompañarían a buen seguro.

Siguiendo la marcha natural de la manecilla topamos con el Taller Fotográfico Figurski, el

primero en dedicarse a la fotografía industrial y artística en la Villa, si no me equivoco.

Poco tenemos que andar para dar con una de las grandes empresas errenteriaras: la Papelera Española, suministradora de papel de periódico a la mitad de la prensa peninsular, además de elaborar otras clases de papel, entre ellos el higiénico marca "El Elefante" con el que se limpiaban el culo –entonces se escribía c...)- los iberos de ambos sexos.

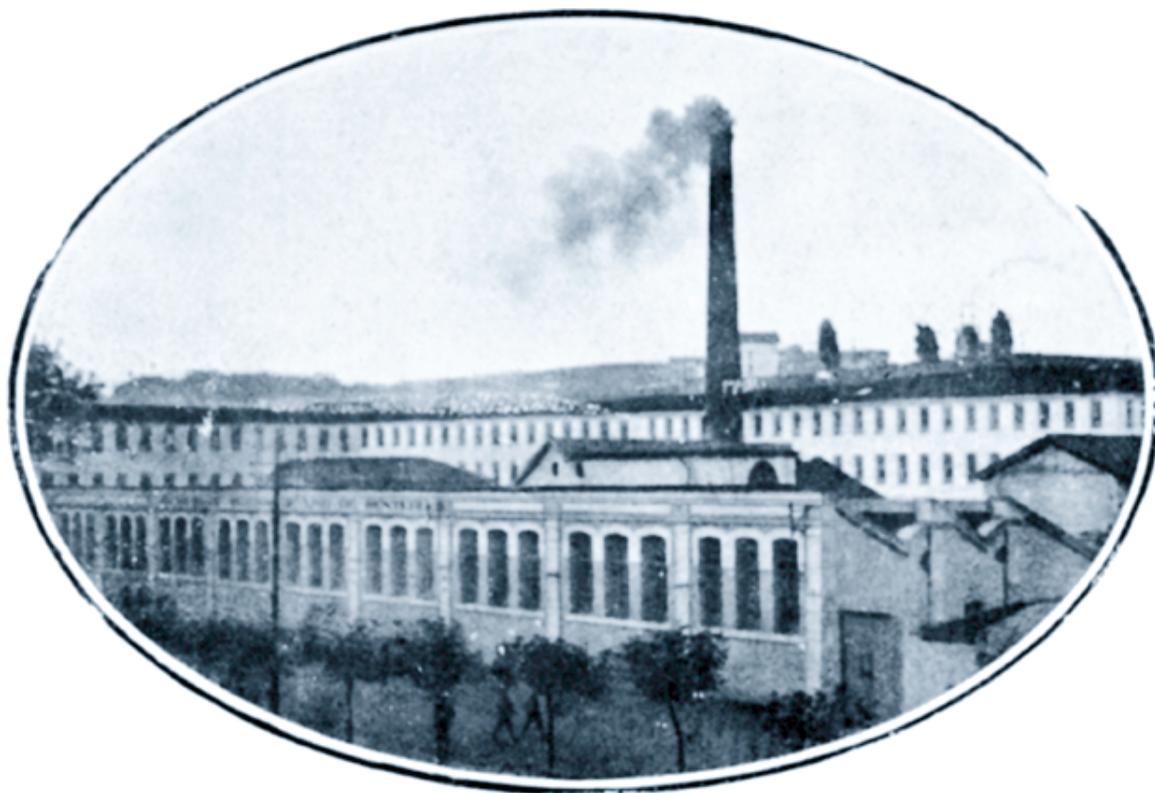
A propósito de este socorrido papel, recuerdo lo sucedido a un amigo años más tarde, cuando asediaban Bilbao los franquistas. Relevado su Batallón del frente, bajó a la ciudad. Todos sabemos lo difícil que era encontrar dulces en aquel "bocho" y nuestro amigo se pirraba por comer algo dulce. Al pasar frente a un establecimiento, su escaparate le deslumbró con una pirámide de paquetitos cilíndricos a los cuales su obsesión transformó en contenedores de galletas. Ni corto ni perezoso, adquirió un par y, en un rincón oculto –no fuera que algún intruso le mermara el atracón-, deslió su adquisición. Su desengaño fue mayúsculo al ver que lo único que contenían era papel y más papel...

Consideremos que cambiamos del Norte al Este si saltamos el río Oiartzun. Enfrente mismo de la Papelera, con una magnífica Alameda Grande por medio –¡qué lástima cuando, para encauzar el río, un Batallón de Trabajadores de aquéllos que formaba Franco con los presos políticos la hizo desaparecer!- teníamos la Fábrica Grande, o sea la Sociedad de Tejidos de Lino, surtidora también de la Casa Real con su gama de finísimas sábanas. Allí trabajó mi abuelo paterno Bartolomé.

Un poco más al Este se alzaba la Fundición de Aceros Arrieta (luego sería Orueta), donde se elaboraban barras de acero prestas para todas las utilidades y se fundían piezas moldeadas. Ahora su lugar lo ocupa un cuartel de ertzainas.

Más al Este aún, los grandes Talleres Mecánicos de Carpintería, de José León Uranga, movían ingentes cantidades de madera para la construcción.

La trayectoria de la punta de la aguja nos lleva al Sureste, a topar con Las Cocheras, o sea los talleres de reparación de las máquinas y vagones del entonces llamado Ferrocarril de la Frontera, el vulgar "Topo".



Fábrica de la Sociedad de Tejidos de Lino. (Album Geográfico-Descriptivo del País Vascongado. 1914-1915).

Bajando por la cuesta de la estación (ahora Avenida de Pablo Iglesias) podíamos visitar la manufactura de Cafeteras Omega, surtidora de los últimos modelos "express" a miles de cafeterías y restaurantes.

Y más al Sur, dos grandes: la Fabril Lanera, con su enseña del pavo real compitiendo con las mejores lanas hispanas, y la Electrotécnica Euskaria o "Pekín", suministradora de tirafondos y tornillos a medio mundo, así como de pequeño material para instalaciones eléctricas.

Más al Sur, bastante alejada del casco urbano, se encontraban las Fundiciones Marqueze, fabricantes de las famosas barandillas de la Concha.

La manecilla, saltando por encima de Beraun y Galtzaraborda, nos lleva a Capuchinos, a la Real Compañía Asturiana de Minas, fabricante de tubos y planchas de plomo y estaño, con un anexo, la Fábrica de Pinturas, en terrenos de Lezo, produciendo minio y albayalde.

Y siguiendo el imaginario caminar de la aguja, discurrimos hacia el Noroeste de la estación de partida, para enfrentarnos con la fábrica de Galletas Parkers, la cual, con la de Olibet, envolvían al pueblo entero con el olor de galletas recién horneadas y fue la causa de que a los errenteriaras nos llamaran "galleteros".

La Parkers elaboraba, además, turrone y otros dulces, y puso de moda los caramelos blandos "kiss".

Frente a ella, al otro lado de la carretera que lleva a Lezo, y casi encima del puente sobre los raíles del ferrocarril del Norte, se alzaba "La Primitiva", fabricante de brochas, cepillos, etc., bajo la firma de Fernando Lobato.

Y enfrente mismo de la reiterada estación, la Unión Alcohólica Española, con millón y medio de kilos, producción anual de la levadura El Danubio, surtía a las pastelerías y panaderías de media península.

Seguro que me he olvidado de alguna empresa de las circundantes a la Villa. Dentro de ésta, repartidas por aquí y por allá, abundaban otras de considerable envergadura cual la Esmaltería Guipuzcoana, fabricante de baterías de cocina y otros utensilios de acero

esmaltado; la Electrotécnica Niessen, introducida en España del maravilloso producto moldeable "bakelita" y que también elaboraba material eléctrico especial.

Otras no tenían tanta categoría, cual la Fábrica de Artículos Religiosos (Fábrica de Rosarios); la Fábrica de Botones, sita donde ahora está la iglesia de los Capuchinos, y donde añadí mi contribución manual a la industria errenteriarra; la de cremas, betunes y tintes para el cazado de Bisseuil & Huet; la de fabricación de muebles de Gregorio Goicoechea, empresa que acostumbraba acumular enormes troncos de okume en una especie de fosa existente al final de la calle Viteri, hacia Pasajes, la cual se inundaba con las mareas altas y dejaba flotando a los maderos. Recordamos también las Construcciones Mecánicas de José León Olascoaga, los Laboratorios Carasa de productos de belleza e higiene..., y más..., y más..., imprentas gráficas, fabricantes de baldosas y piedra artificial, laboratorios farmacéuticos, talleres de electricidad en general, modelistas-troquelistas, carpinterías, linterneras, simil-cuero, plásticos, corsetería, cererías, cesterías... ¡Parecía que todo aquél o aquélla que supiera hacer algo, montaba un taller en cuanto encontraba lugar y el dinero suficiente para comprarse los útiles necesarios!

Un ejemplo de la Errenteria aquella era la calle Magdalena, la cual, pese a su corta longitud, ofrecía en 1926:

El taller mecánico de carpintería de Enrique Imaz, tres agencias de transportistas: la de Erizmendi y Arruabarrena, con bueyes y camiones pesados; la de Manuel Aduriz, con camiones medios; y la de Manuel Bengoechea, de "coches de lujo". No es preciso recordar que, en aquella época, los automóviles eran de creación reciente, ruidosos, feos, malolientes, propensos a toda clase de averías, con lo que sus garajes eran también talleres de reparaciones. Era todo un poema, en las frías mañanas invernales, la cantidad de artimañas empleadas para poner aquellos armatostes en marcha. ¡Incluso empleaban braseros para calentar los motores!

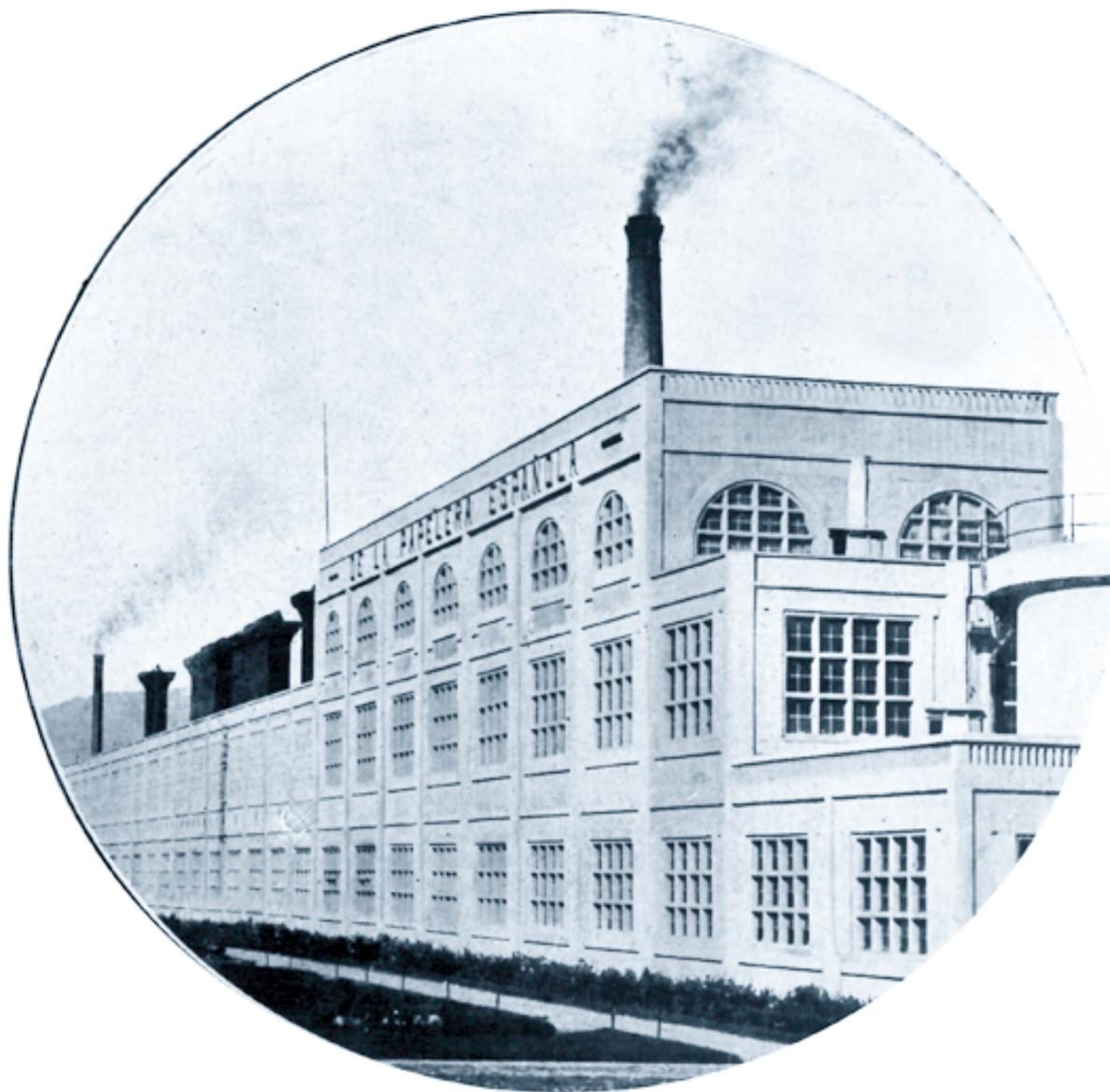
Existía la Gran Tintorería Sin Rival, la fábrica de paraguas de José Cruz Urquía, que además de paraguas y sombrillas, nos suministraba, con sus desechos, material inmejorable

para construir magníficos arcos flecheros; un carpintero especializado en ataúdes; un local donde salaban pieles para su posterior curtido y otro donde se elaboraba sidra..., y todo esto sin que medrase el comercio normal de abastos, ropas, calzados, droguería, carbonería, peluquería. El más típico de los comercios era el de Ayerbe. Allí, junto con algún que otro "txikito", se surtían de todo lo necesario los "caseiros" del entorno, ¡hasta de juguetes!

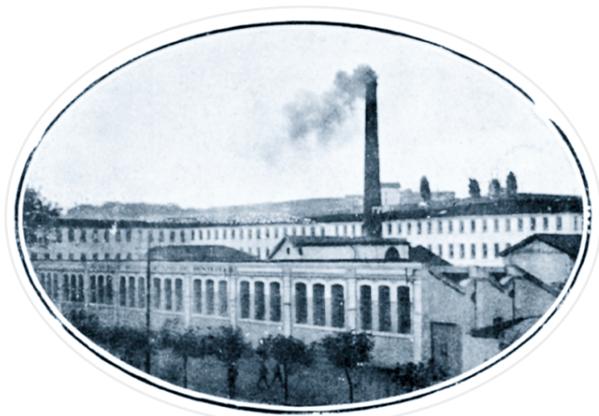
Con toda esta dedicación al trabajo y al comercio parece que en aquellos tiempos no había lugar para desahogo; pero sí que lo había. Teníamos tres equipos de fútbol, uno en la categoría primera de la serie B, el *Euskal-*

duna, los otros dos federados en categoría inferior, *Touring* y *Rapid*, los cuales hacían honor al calificativo de "galleteros", en el peor sentido de la palabra, ya que siempre andaban a la greña entre ellos.

Había multitud de sociedades gastronómico-cultural-deportivas, y una de ellas, Lagun Artea, mostraba orgullosa a Miguel Peña, campeón nacional de "cross" en 1921. Estas sociedades "gastronómicas" podían competir con los restaurantes de la Casa Mateo y de la Fonda Elicechea, sólidamente prestigiados, pero no con la cocina del Panier Fleuri, cita de los mejores gastrónomos del país y visita obligada de todos los veraneantes de campanillas.



Fábrica de "La Papelera Española". (Album Geográfico-Descriptivo del País Vascongado. 1914-1915).



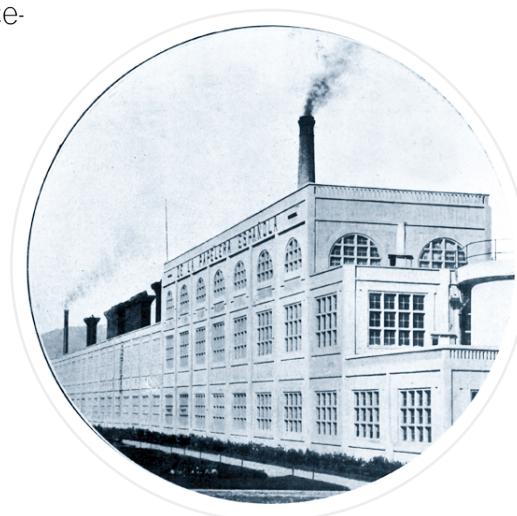
Disfrutábamos de los bailes dominicales con que nos obsequiaba la entonces Banda Municipal de Música, alternando con la no menos municipal de "txistularis", bien en la Alameda Pequeña, don-

de estaba el quiosco, bien en la Herriko Enparantza, con los músicos amparados bajo los "arkupes" del Ayuntamiento si el día era lluvioso.

Aquí, en esta plaza, bailé con quince años, mi primer baile "a lo agarrao". ¡Aún corre por mi espina dorsal un emotivo estremecimiento al recordar a aquella moza de mi edad, abrazada a mí tan estrechamente!

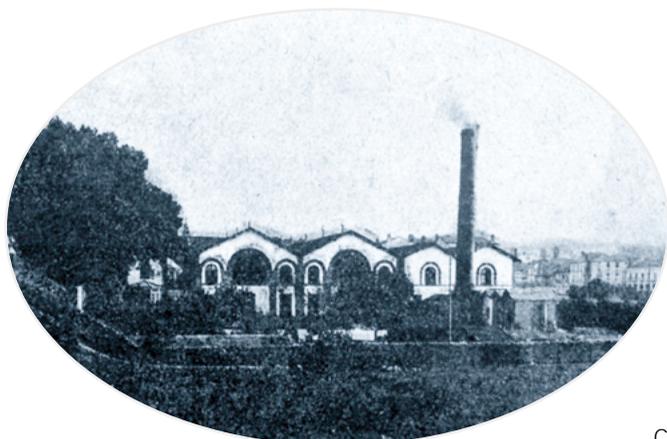
Para los bailongos existía, durante los veranos, el baile del Salón Reina Victoria, cuyo patio de butacas, libre de éstas, se convertía en pista de baile, con los músicos en el escenario.

El "no va más" lo daba el Café de la Paz, especie de café-concierto remedo de los que, se decía, existían en París. Allí se despelotaban las artistas con licenciosa y escandalosa libertad, mostrando sin tapujos sus prominencias de proa a popa. Y eso, mientras los cuplés picarescos dedicados a la falda de la mujer –cuando ésta estaba un palmo por debajo de la rodilla–, cantaban: *"Tobillera, tobillera, ya te has hecho rodillera, pero al paso que tú vas, de fijo acabarás, siendo muslera... muslera... y algo más"*. Hubo una guerra civil y otra mundial antes de que tal vaticinio se cumpliera.



Existían los cines, que empezaron con un tímido barracón en los jardines de la Casa Mateo y terminaron con un Salón Reina Victoria y el On-Bide.

¡Ah y que no se olviden las tabernas y bares, incontables! Allí se arreglaban todos los desaguizados del mundo, se conversaba sobre lo más vil y lo más sublime sin cortapisas y se forjaban bromas subidas de tono.



El recuerdo de aquel "boom" de antaño y los polígonos industriales de hogaño, al parecer nos llevan a un nuevo renacimiento industrial. Tengamos fe en ello y que cuajen. Ya lo dijo

Anatole France: *El mejor de los regalos es el de dar esperanzas*, y "Masti-Loidi", junto con "Txirrita-Maleo", dan muchas.